

EL MUNDO CATÓLICO

LA RELIGION DEL ESTADO, ES LA CATÓLICA, APOSTÓLICA ROMANA

[Cap. III, Art. 5 de la Constitución.]

OFICINA

Calle de Ituzáingo Núm. 211

EDITOR RESPONSABLE, J. M. ROSETE.

SUSCRIPCION MENSUAL

Un Peso Moneda Nacional.

EL MUNDO CATÓLICO

MONTEVIDEO MAYO 28.

Renan ante el Senado Frances.

Remitimos á los admiradores de Renan, al incidente ocurrido en el Senado Frances con motivo de una alusion hecha á sus doctrinas por el Conde Segur d'Aguessean en la parte de su discurso que copiamos en seguida, y cuya lectura recomendamos.

Difícilmente podrá citarse otro caso en que una condenacion mas solemne, mas unánime y mas justificada, haya sido infligida á un escritor estraviado.

Mas que en Francia todavia, las elucubraciones filosóficas de Renan y compañía, campean entre nosotros sin contradiccion y sin freno, y mas que en Francia están destinadas á producir entre nosotros desastrosos efectos. Que los encargados de la instruccion pública, y sobre todo los padres de familia y los ciudadanos se aperciban tambien del peligro y traten de evitarlo.

El Conde Segur d'Aguessean—Señores, no hay un interés que toque mas de cerca á la instruccion primaria, del que os hablo.

El peligro nos amenaza: es necesario que entremos en algunas esplicaciones para advertir al gobierno que mantenga los diques en vez de derribarlos, que no permita á las camaras convertirse en reuniones insurreccionales y formar clubs.

Y bien, yo digo que el plan está bien acordado y es bien facil de concebir.

¿Como realizarlo? Haciendo con la masa del pueblo lo que se hace con el joven, con el niño: destruyendo en ella todo freno moral y religioso. No es esto claro como el día?

En una conversacion que tuve la felicidad de tener con S. E. el Ministro de la Instruccion Pública, y estas conversaciones son siempre muy raras, pues que pone en ellas una amabilidad y una afabilidad que no sabria elogiar bastante, le dirigí mis cumplimientos por los esfuerzos que hace para difundir la instruccion primaria, por las escuelas primarias y las clases de adultos.

FOLLETTIN.

SUEÑOS Y REALIDADES.

MEMORIAS DE UNA MADRE PARA SU HIJA.

POR

Maria del Pilar Sinués de Marco.

Un poco antes de terminarse la representación, se retiró el conde y poco después nosotras tambien.

Mi abuela y su esposa me llevaron hasta la de mi padre: Sandoval me dió el brazo para subir la escalera, y me preguntó:—Te has divertido, hija mia?

—Oh, mucho! respondí yo!

—Te ha gustado la ópera?

—Muchísimo!

—Y el conde?

—Yo quedé cortada y trémula.

—Te preguntó, insistió Sandoval, si te ha agradado el conde.

—Si respondí ruborizándome: es muy simpático.

Llegamos, al decir esto, á la puerta de la habitacion que tenia habiérta un criado.

Entramos en la de mi aya, que aun se hallaba levantada, y Sandoval dijo con frialdad:

—Señora, aquí está Valeria.

Me besó en la frente y añadió.

—Buenas noches, querida.

Mi aya y yo quedamos solas.

VI

LA VUELTA A CASA

Felicía me habia esperado, leyendo á la

Pero, me permití agregarle: no basta dar la instruccion, es preciso ademas preguntarse que uso se hará de ella, como se utilizará en las campañas. El Sr. Ministro me respondió, con razon, que á sus ojos esa era una cuestion de familia, y que en este caso, el gobierno mismo era el padre de familia.

Continuando la conversacion, dije al Sr. Ministro. Pero, ¿que se dirá del padre de familia que no se preocupa de los libros colocados en las manos de sus hijos? El Sr. Ministro me contestó, que se proponia combatir el mal por buenas bibliotecas comunales.

Tributé homenaje á sus buenas y leales intenciones; pero añadí, que no se trataba de colocar buenos libros sobre los estantes de una biblioteca, sino de velar para que los que estuviesen en las manos de los niños fuesen morales y decentes.

Y bien, en las comunas ¿que libros que escritos son los leídos por los hombres que han recibido un poco de instruccion? Que diarios ven? los diarios que atacan todo principio de moral, y de religion, los escritos mas inmorales, los mas obscenos.

Y no os inquietais? y no señalais todo el peligro al Gobierno y á la sociedad?

No hay sino los amigos del poder que puedan hablar un lenguaje semejante; sus enemigos se callan cuando ven al lado del peligro social el peligro político; esperan que el gobierno sucumba y esto les basta, se regocujan y guardan silencio.

Poco les importa que la sociedad esté comprometida, no se preocupan sino de una cosa, de que el gobierno perezca. Así, el mayor silencio; y sin embargo, no es esto lo que conviene. Se hablará largo tiempo sobre los asuntos exteriores, reconozco su importancia, su gravedad, pero la cuestion interior es mucho mas grave.

Siempre nos será facil hacer frente á las dificultades externas, con tal que estemos sólidamente organizados, unidos á nuestro gobierno fuerte y respetado; pero, lo repito, la cuestion interior es cosa mas importante.

Entre tanto, nadie habla de ella; puede ser que se hable al lado de la estufa, pero públicamente, no. ¿No es extraño el ver que en caso de epi-

zootia, de invasion de la peste bovina, ovina ó porcina, todo el mundo se conmueve, todos los órganos de la publicidad se ponen en movimiento?

Se señala el peligro; se toman para evitarlo todas las medidas que la ciencia y la experiencia aconsejan: verdad es, lo reconozco, que en caso de invasion del cólera-morbus se toman medidas para preservar á los hombres con tanto celo y diligencia como en caso de epizootia para preservar á los animales; pero, es que para un gobierno esta cuestion de epidemia, que no interesa sino al cuerpo, es la única que debe preocuparlo?

Es que su solicitud no debe extenderse igualmente á este otro cólera morbus de las almas, á esta epidemia de inmoralidad, de obcecación, de impiedad? Y bien! á este respecto, ni la menor circular. El peligro entre tanto no es sino demasiado real. No es mi voz sola, oscura, desconocida, sin autoridad, quien señala este peligro político y social, son las voces mas considerables, las mas autorizadas.

Podría nombrar un gran número, citaré dos solamente: el primero es uno de los miembros mas eminentes de la Academia Francesa, es un venerable Prelado, que por la fecundidad de su espíritu, el vigor de su elocuencia, su talento de orador y de escritor, sus virtudes esclarecidas y su abnegacion por la patria y por la iglesia, merecerá, sin duda, el ser llamado un día el *Aguila de Orleans*. He nombrado á Monseñor Dupanloup.

Puedo citar otra autoridad, la del eminente Prelado que tenemos el honor de contar entre nosotros. En su última carta pastoral, pagina admirable de filosofía, señala en un contraste conmovedor el doble efecto de las doctrinas opuestas: la negacion y el escepticismo de un lado, la creencia y la fe del otro.

Estas autoridades bastan para constatar el mal que han producido esas funestas doctrinas y los progresos inmensos que han hecho en el seno de la sociedad.

No se trata solamente, como me lo hacia observar un día el ilustre M. Raulhe, lo digo con vergüenza, de nuestra época, no se trata ya de un ataque contra nuestra religion y el

catolicismo, ni aun de un ataque contra la religion cristiana, contra la religion revelada; pues que lo que hoy se ataca abiertamente, son esos principios esenciales, elementales, fundamentales, sobre que reposa el orden social, son esas verdades que un ilustre filósofo, Mr. Cousin, llamaba el patrimonio del género humano. Dios, la Providencia, el libre albedrio, las penas y las recompensas de la vida futura, que han sido proclamadas por los mas grandes filósofos de la antigüedad, que han hecho su gloria, y que las diversas religiones han adoptado. Son estas verdades, sin las cuales no hay sociedad, las que son impúneamente atacadas.

Tengo bastantes reproches que hacer al gobierno sobre esta cuestion. No puede en primer lugar, impedirme de censurar la facilidad con que deja pasar una multitud de hechos que podrian ser objeto de persecuciones judiciales.

Profeso seguramente el mayor respeto por la magistratura moderna y antigua, pero los magistrados no pueden decidir sino sobre los delitos que le son sometidos, y en virtud de ciertas reglas que podrian ser dadas de manera á hacer para cada uno de sus deberes perfectamente claros.

Otro reproche que dirijo al poder, es esa violacion cotidiana de la ley religiosa observada por todos los cultos cristianos, el reposo del domingo; no se trata, comprendásemos bien de obligar á la observancia de la ley de 1811.

Esta ley que, segun la Corte de Casacion subsiste siempre, encuentro muy sabio que no se pretenda imponer porque las poblaciones verian en ella un vejamen.

Así, no es esto lo que pido: lo que querría es que el Estado diese el ejemplo y que no se viese violar constantemente en los talleres publicos la ley del reposo, el solo día en que los hombres tienen tiempo de recordar que tienen una familia, una alma y en que puedan seguir una enseñanza religiosa.

Convendria no estimular al pueblo á dejarse arrastrar por la corriente materialista que empuja á las masas y las desvia de las prescripciones de las leyes religiosas, las mas santas.

Otro reproche, todavia, y esta vez con motivo, de los nombramientos

escandalosos que han sido hechos y de que el honorable M. Rouland tiene que reprocharse.

Me complazco que esté aquí para decirle, apesar de las buenas intenciones que manifestó el año último, con motivo de la discusion promovida por una peticion relativa á los protestantes, para decirle, que deberá conservar toda su vida los remordimientos de un nombramiento que ha sido un gran escándalo... (murmillos).

M. de Saint-Beuve—Levantándose é interrumpiendo al orador.

Protesto contra las imputaciones personales que salen de la cuestion y que se dirige á hombres honorables.

El Presidente—M. Saint-Beuve no interrumpa.

M. Saint-Beuve—Continuando. Si es á M. Renan á quien el honorable M. Segur d'Aguessean pretende hacer alusion, protesto contra una acusacion dirigida á un hombre de conviccion y de talento de quien tengo el honor de ser amigo. (A el órden! ¡a el órden!)

El Presidente—No he notado personalidades en lo que ha dicho M. Segur d'Aguessean. Ha hablado de ciertas doctrinas, pero no ha nombrado á nadie.

Voces numerosas—á el órden el interruptor!

El Baron de Chapuis-Montlarille—No es posible dejar de experimentar una afliccion profunda cuando se ve en cierta literatura moderna, cuyos autores acaban de ser elogiados, flojar con los pies las leyes del órden eterno, atacar la religion base del órden social. (¡Muy bien! ¡muy bien!)

No es permitido venir aquí á hacer el elogio de esos hombres que llevan el incendio á la Sociedad, derramando en sus masas doctrinas de ateismo y de irreligion. Es este un peligro social contra el cual deben reunirse todas las fuerzas de los hombres de bien. Protestamos contra esas doctrinas con toda la energia de nuestras convicciones. (Nueva y viva aprobacion.)

La inmoralidad corre á torrentes, y es á vosotros mas particularmente á quienes corresponde señalar al gobierno los medios de poner remedio. Por mi parte no dejaré de hacerlo: es un deber!

una desventura!

—Pero, exclamé yo exasperada, en todo piensas al contrario que mi abuela ella dice que el ser bella es la felicidad suprema, que es una desgracia el tener hermosura: ¿a quien he de creer?

—Por mi parte, te diria que á mi: pero creed, hija mia, á quien te diga lo: experiencia: tu abuela ha sido feliz por su belleza, yo he sido desgraciada: no sé si te dará á ti la dicha ó la desventura: pero es mas facil y casi mas seguro que la desgracia esta última.

—Buenas noches, dije enojada y tardando un poco para salir.

—Ah! exclamó Magdalena: ha aquí á la juventud! siempre guiándose por sus ilusiones: qué triste es después el desencanto! Vé á dormir, hija mia, presiguió, y perdona al que te haya entrecorrido: ojalá que me acuses de viciosa antes de que toques la triste y desconsoladora realidad!

VIII.

IMPRESIONES.

Sali cari irritada contra la condesa. En mi interior, la acusaba de santurrón, de estrafalaria, y achacaba como las meoras y las mas bellas, las doctrinas de mi abuela, que eran las que mas me halagaban.

Porque decía yo: acaso mi buena mamá me aconseja nada malo? acaso no ha sido ella toda su vida un modelo de virtud, de piedad, de caridad? ella lo vé todo resado y es mas feliz que Magdalena, viéndolo todo negro y sombrío: eh, si segun mi abuela, todo lo bueno es verdad; segun Magdalena, todo es mentira! quiero creer á mi abuela y ser, como ella, feliz y amada!

Este fin tuvieron aquel día mis dudas y vacilaciones: me incliné al lado de lo mas bello y de lo mas alegre por esa tendencia irresistible de la juventud.

Sin embargo, yo amaba y respetaba á

Las mujeres, como los hombres, halagan mas á la que es mas rica.

Aquellas palabras me entrecorrieron profundamente.

Felicía lo conocí así, y me dijo:—La señora condesa está levantada todavía: quiere V. venir á darle las buenas noches?

Yo hice una señal de asentimiento y pasamos á la habitacion de mi madrestra.

Habíase esta arrodillada delante de su reclinatorio, y rezando, ya desnuda, las oraciones de la noche.

En vez de su habitual traje negro, llevaba una bata blanca de muselina, lisa y sin encajes.

Sus cabellos caian por la espalda en largas y gruesas trenzas negras sin sujeten alguna: tenia la cabeza oculta entre las manos y estaba, al parecer, sumergida en una dolorosa meditacion.

El aposento estaba solo alumbrado por una lamparilla de porcelana blanca que ardía ya durante toda la noche.

Aquella habitacion formaba tal contraste con el brillante espectáculo de donde yo venia, que mi corazón se oprimió de un modo muy doloroso.

Allí la luz, las flores, los brillantes, las sonrisas, la música, todas las seducciones, en fin de la vida.

Aquí la oracion, la soledad, la sombra, la tristeza.

Al ruido que hicimos al entrar, la condesa alzó la frente, y nos mostró su rostro pálido y triste.

Luego se levantó, me tomó por la mano, y me dijo:

—Y bien, querida niña: ya sé que has estado en la ópera: ¿te has divertido?

—Oh, mucho, mucho! exclamé llena de entusiasmo.

—Yo tambien era antes feliz en la ópera, dijo ella con tristeza.

